

“SI ESTE NO ES EL PUEBLO, ¿EL PUEBLO DÓNDE ESTÁ?”
CONFIGURACIONES LITERARIAS DE LA IZQUIERDA PERONISTA
EN LAS NOVELAS *EL PEPE FIRMENICH* DE JORGE EMILIO NEDICH
Y *TIMOTE* DE JOSÉ PABLO FEINMANN

Juan Ezequiel Rogna*

Resumen: El actual sistema literario argentino presenta numerosos relatos que tematizan/problematizan acontecimientos históricos recientes, entre los que sobresalen la última dictadura militar y los avatares del movimiento peronista. A su vez, dentro del conjunto de obras que abordaron la lucha armada de los '70 se destacan algunas pocas configuraciones literarias de los principales líderes montoneros. Tales son los casos de *El Pepe Firmenich* de Jorge Emilio Nedich (2003) y *Timote. Secuestro y muerte del general Aramburu* de José Pablo Feinmann (2009). Estos relatos vienen a elaborar una “réplica literaria” (Avellaneda, 1983) frente al vacío discursivo generado por la desaparición física o política de los principales responsables de la conducción montonera. En este sentido, tanto Feinmann como Nedich apelan a la novela asumiendo la posibilidad de establecer “otro orden de cosas” (Fogwill, 2002) a través de la literatura, operación que les permite situarse en dicho vacío, abordar *desde adentro* el accionar de los grupos armados e indagar en los fundamentos de la violencia política argentina. Nuestra intención será, entonces, analizar ambas obras para observar cómo ese “otro orden” se constituye en la oscilación entre ensayo histórico y ficción literaria y cuáles son las configuraciones del llamado “pueblo peronista”.

PALABRAS CLAVE: Literatura argentina contemporánea / Montoneros / Política y ficción / Pueblo peronista

Abstract: The current Argentinian literary system includes numerous stories that raise the issue of recent historical events, among which the latest military dictatorship and the circumstances of the Peronist movement stand out. Simultaneously, within the set of works that deal with the armed struggle of the 70's a small number of literary creations by the main Montonero leaders are also worth mentioning. Such were the cases of *El Pepe Firmenich* by Jorge Emilio Nedich (2003), and *Timote. Secuestro y muerte del general Aramburu* by José Pablo Feinmann (2009). These stories ultimately make up a “literary rebuttal” (Avellaneda, 1983) to the discourse void created by the physical or political disappearance of the leading figures in the Montonero movement. In this respect, both Feinmann and Nedich turn to the novel as a possibility of establishing “a different state of affairs” (Fogwill, 2002) through literature, which operation allows them to place

* Dr. en Letras. Profesor adscripto en las cátedras Pensamiento Latinoamericano y Literatura Argentina II y profesor invitado en el Seminario del Cono Sur (Escuela de Letras, FFyH, U.N.C.). Becario del CONICET y miembro del equipo de investigación, proyecto: “Literatura y política: construcciones de lo popular y representaciones sociales en la literatura argentina”. jerogna@gmail.com
Enviado: 29/04/2016 evaluado:22/08/2016 y 16/08/2016.

themselves within the void, approach *as insiders* the actions of the armed groups, and research into the grounds for Argentinian political violence. Our goal will therefore be to analyze both literary works in order to understand how this “different state of affairs” consists in an oscillation between historical essay and literary fiction, and what layouts can be found in the so-called “Peronist people.”

KEY WORDS: Contemporary Argentinian literature / Montoneros / Politics and fiction / Peronist people

Introducción: el “pueblo peronista”, los dos clivajes y la Tendencia Revolucionaria del peronismo

Con el surgimiento del peronismo hacia mediados de la década de 1940 se produjo un indiscutido giro en la dinámica histórica argentina a través de la emergencia de alteridades socioculturales y la generación de una polarización política que tuvo su correlato en la esfera cultural. El peronismo nació el 17 de Octubre de 1945 con la visibilización de un sinnúmero de “cabecitas negras”, mote que recibieron aquellos criollos emigrados del campo a las ciudades durante los años precedentes. Sus cuerpos marchando desde los suburbios hacia el centro del poder político, sus torsos “descamisados”, sus “patas en la fuente”, constituyeron una presencia material que ya no pudo ser obliterada por el discurso hegemónico (Soria, Cortés Rocca y Dieleke, 2010). Por este motivo, se desarrolló a partir de entonces una extensa tradición literaria que configuró al peronismo bajo el sema de la *invasión* efectuada por una abyecta otredad popular (Avellaneda, 1983).

Sin embargo, el peronismo no sólo es pasible de ser comprendido como un fenómeno visibilizador de aquella otredad previamente negada por el modelo de país liberal en lo económico y conservador en lo político. Dado su carácter frentista, también contuvo desde su origen a dos clivajes que podrían calificarse como “de derecha” y “de izquierda”.¹ Ambas orientaciones resultan constitutivas del Movimiento Nacional Justicialista y, a lo largo sus setenta años de existencia, fueron alumbrando alteridades llamadas a disputarse la identidad, la representatividad y la legitimidad peronistas. Un capítulo fundamental dentro de tal disputa estuvo protagonizado por muchachos y muchachas de clase media que engrosaron las filas de la Juventud Peronista entre mediados de la década del ‘50 y principios de los ‘70. Su conciencia política fue forjada bajo el signo de la proscripción del peronismo y su *praxis*, además, estuvo marcada por la fuerte proyección que la Revolución Cubana tuvo en toda Latinoamérica (Hernández, 1997). Dada la conjunción de estos factores, aquellos jóvenes peronistas adoptaron métodos violentos de intervención política y, de acuerdo con su propia configuración, la “Tendencia Revolucionaria” del peronismo marcaba una línea de continuidad respecto del clivaje de izquierda: la consigna “si Evita viviera, sería montonera” cifró esta autoconfiguración, y a su favor concurría el recuerdo en torno a las milicias populares que Eva Perón había promovido antes de morir (Gillespie, 2008). Por su parte y a la par, fue surgiendo y consolidándose una “burocracia sindical” que vendría a actualizar aquel clivaje de derecha también constitutivo del Movimiento (Calello y Parceró, 1984). Ahora bien: más allá de sus irreductibles diferencias, en ambos sectores

se instaló una estrategia discursiva similar que los llevaba a asumirse como representantes legítimos de la voluntad popular. Tanto los protagonistas del histórico 17 de Octubre como los trabajadores organizados en torno a la Resistencia posterior al derrocamiento de Perón (Bortnik, 2008) fueron unánimemente identificados como *sujetos populares*. Frente a este reconocimiento, tanto los dirigentes sindicales burocratizados como los miembros de la Tendencia se percibían íntimamente como una *otredad*. Sin embargo, también compartían (o se empeñaban en compartir) una misma identidad política. De allí que los múltiples reacomodamientos, encuentros y desencuentros entre ambas facciones, así como también entre ellas y el propio Perón, encuentren una primera motivación en esa permanente pulseada cuyo objetivo primordial era demostrarle al “pueblo puro” (Perón, 2012) quién era *auténticamente peronista*.

En nuestro país, el examen del papel cumplido por las organizaciones armadas en general y de la Tendencia Revolucionaria en particular ha atravesado, con lógicos altibajos, la indagación histórica y la reflexión política de las últimas décadas. Ya en los años '70, sobre todo a partir del Golpe de Estado de 1976 y la sanguinaria persecución a militantes hoy muertos y/o desaparecidos, comenzaron a darse fuertes desavenencias dentro de las organizaciones cuyo eje de discusión era la disyuntiva entre el trabajo de base y el repliegue o la radicalización en el enfrentamiento armado y su consecuente militarización. Montoneros representa, en este sentido, no solo la agrupación más importante del periodo sino también el mayor ejemplo de la prevalencia de las armas por sobre la política. Esto se debe a que, exceptuando quizás el breve periodo comprendido entre la asunción de Héctor Cámpora y el acto del Día del Trabajador de 1974, cuando abandonaron la Plaza de Mayo luego de mantener un altercado público con Perón, “los montos” adoptaron la violencia como herramienta principal durante toda la década del '70 (Calveiro, 2006). Por este motivo, su experiencia histórica ha sido y sigue siendo objeto de múltiples análisis que buscan, fundamentalmente, discernir si en aquella militancia juvenil existían marcas de origen que la llevaron indefectiblemente a sostener y profundizar la vía armada, o si su creciente militarización constituyó más bien un “desvío” atribuible a las desacertadas caracterizaciones coyunturales y a las decisiones tácticas/estratégicas de sus principales comandantes.

Con el restablecimiento democrático de 1983 y el inmediato Juicio a las Juntas, se abrió la discusión pública sobre la violencia política omnipresente en el periodo dictatorial, no solo, obviamente, a raíz de la presencia de guerrillas urbanas sino sobre todo por el sistemático terrorismo estatal que, amparándose en la supuesta necesidad de aniquilar el accionar de *elementos subversivos*, arrasó con todo el tejido social. Por entonces, la “teoría de los dos demonios”² se instaló para sentar en el banquillo tanto a los principales perpetradores de la masacre estatal como a aquellos líderes de las organizaciones guerrilleras, calificadas como “asociaciones ilícitas” y “terroristas”, que habían sobrevivido. Entre ellos, Fernando Vaca Narvaja, Enrique Gorriarán Merlo, Roberto Perdía y Mario Eduardo Firmenich. Este último había integrado el grupo de los doce fundadores de Montoneros y quedó a cargo de la dirección luego de las muertes de Fernando Abal Medina y José Sabino Navarro. Las sentencias de aquel histórico Juicio cayeron sobre las cabezas de ambos “demonios”, así como también los indultos de Menem en 1990 (Sidicaro, 2010).

Con un kirchnerismo alineado con las reivindicaciones sostenidas por los organismos de derechos humanos, los responsables de la última dictadura cívico-militar fueron nuevamente enjuiciados y condenados. No sucedió lo mismo con aquellos jefes guerrilleros, verdaderos *desaparecidos* políticos cuyo silencio solo se ha roto, en los últimos años, ante una eventual entrevista o alguna nueva publicación.³ A la par de este silencio, ha venido corriendo una extensa producción bibliográfica que retomó y amplificó las discusiones sobre lo acontecido en la tumultuosa década del '70, es decir, en la etapa histórica que parte de la Revolución como horizonte inminente para arribar a la Restauración como resultado inmanente (Mayer, 2004). El listado de publicaciones recientes sobre tales asuntos es, de manera similar a lo que acontece con los títulos dedicados al peronismo y al kirchnerismo, virtualmente inabarcable. Desde una perspectiva académica, destacamos los estudios de Pilar Calveiro (2006) y Hugo Vezzetti (2009), que vienen a retomar desde diferentes ángulos las limitaciones constitutivas de la joven militancia revolucionaria argentina durante los años '60 y '70.

Paralelamente, el sistema literario argentino⁴ fue alumbrando durante la década pasada un conjunto de obras ficcionales que tematizaron al peronismo situándose en ese interregno que media entre el fervor y el fracaso revolucionarios. Así, por primera vez dentro de nuestra narrativa de postdictadura, se generó un fenómeno que podríamos denominar como “revisiónismo literario” en torno a ese traumático devenir político y social. Por nuestra parte, entendemos que esos textos vienen a aportar la conciencia simbólica de la literatura al coro de discursos históricos y filosóficos que pretenden describir y comprender nuestro pasado reciente. Según Jacques Rancière, este es el modo en que “la literatura hace política en tanto literatura” más allá de “la política de los escritores”, ampliando “el reparto de lo sensible” al visibilizar “lo común de los objetos y de los sujetos nuevos” (2007:15-16). Por este motivo creemos que, en relación con otras matrices discursivas, las novelas y cuentos que abordaron el peronismo a través de la lucha armada de los años '70 lo han hecho estableciendo otro “orden de cosas”⁵. Desde ese ordenamiento propio, la representación literaria complementa el análisis histórico, ya que, mientras este intenta establecer una realidad comprensible, aquella persigue una realidad recreable. En esto retomamos la perspectiva de Ernesto Goldar, cuando en *El peronismo en la literatura argentina* (1971) afirmaba que, “ante la abstracta necesidad de la versión histórica, el único sistema de signos del cual puede surgir la historia como realidad es la literatura” (13).⁶

1. Jorge Nedich: encuentros y desencuentros

“Qué desencuentro. Si hasta Dios está lejano.
Sangrás por dentro. Todo es cuento, todo es fin.”
-“Desencuentro”, Troilo-Castillo. *Desencuentro*, 1962.-

En el año 2003, Ediciones B publicó *El Pepe Firmenich*, la cuarta novela de Jorge Emilio Nedich.⁷ Nacido en 1959, Nedich podría inscribirse en la heterogénea generación

intermedia de autores que tematizaron/problematizaron al peronismo durante la década pasada; entre ellos: Daniel Guebel (1956), la dupla conformada por Diego Capusotto (1961) y Pedro Saborido (1964), Carlos Gamerro (1962), Osvaldo Bazán (1963) y Daniel Herrendorf (1965). A diferencia de otras obras publicadas de manera simultánea por miembros de la generación anterior (Rodolfo Fogwill, Guillermo Saccomanno, Juan Martini, el propio Feinmann) cuyas inflexiones nunca resultan humorísticas, en los textos de esta generación *intermedia* se evidencian modalidades tonales que transitan tanto la sátira como la parodia, predominando cierto distanciamiento irónico sobre lo narrado que anticipa el “tono socarrón” con el que Elsa Drucaroff (2011) caracterizó a la llamada *nueva narrativa argentina*. Sin embargo, a modo de excepción a esta regla, Nedich elaboró una novela en la que prescindió de la entonación predominante en los escritores de su generación y, por el contrario, se aproximó al tono de los escritores de la generación anterior. A la vez, de manera semejante a lo planteado por José Pablo Feinmann en *Timote* (2009), su novela va tramando una *tragedia* sobre el destino Montonero, y ambas obras presentan similares recortes temáticos y temporales. Dadas estas importantes coincidencias, intentaremos desarrollar una lectura que las ponga en cotejo.

En principio podríamos señalar que, a diferencia de la historia narrada por Feinmann, la tragedia de *El Pepe Firmenich* no se reduce al episodio del secuestro y la muerte de Pedro Eugenio Aramburu (bautizado por la naciente Organización como “Operativo Pindapoy”), sino que se expande hacia los sucesos acaecidos a lo largo la década del 1970. De esta manera, el arco dramático se va tensando entre el primigenio encuentro y el progresivo desencuentro entre los jóvenes revolucionarios y el pueblo peronista, traducido, a su vez, en el desencuentro entre Montoneros y Perón y entre la conducción y sus bases.

1a) Llenar un vacío

Más allá de la diferencia señalada, existe un principio de coincidencia entre las novelas de Nedich y de Feinmann: ambas explicitan el valor de la ficción literaria como lente que, a razón de sus propias leyes, permitiría ver –parafraseando nuevamente el título de la novela de Fogwill que recorre el periodo 1971-1982- “otro orden de cosas” dentro de la gran trama histórica. Nedich lo hace a través de una nota introductoria y Feinmann en uno de los tantos *excursus* filosóficos que se esparcen en su obra. En el primero de los casos, aparece expresado en los siguientes términos:

“A muchos de los citados seguramente esta novela no los conforme y hasta quizá los ofenda pero la ficción tiene sus propias leyes y estas no copian las acciones ni a los personajes desde el afecto o desde los lazos ideológicos, más bien particulariza conceptos y rasgos de un hecho histórico y desde allí construye un nuevo orden que escapa y se opone a la mirada panorámica de los manuales de historia que no pueden focalizarlos de manera puntual y caprichosa.” (2003:9)

Por su parte, Feinmann argumenta:

“(…) el único verosímil en la tragedia de Timote⁸ es esa versión de Firmenich. No hay otra. Como si no desearan apartarse de un anclaje seguro los historiadores la han seguido y respetado al pie de la letra. Al pie de Firmenich. Proponemos lo contrario: la versión de Firmenich es la versión de Firmenich. Solo eso bastaría para, no solo desconfiar de ella, sino

para tornarla falsa. No hay, entonces, verosímil en la tragedia de Timote. El único verosímil es la ficción.” (2009:84)⁹

A través de estas citas podemos constatar la coincidencia entre Nedich y Feinmann en relación a las posibilidades que la literatura habilita al momento de tratar la tragedia representada por el ascenso y la posterior caída de Montoneros, sus desencuentros con Perón y con el pueblo peronista. Ambos parten, además, de una ausencia, hecho que las palabras de Feinmann ponen en evidencia y que también puede leerse en la “Nota introductoria” de Nedich: “no hay nada en particular sobre Firmenich, ni siquiera una modesta biografía. (...) A nadie se le ocurrió escribir una ficción sobre el accionar montonero narrado por sus propios comandantes.” (5) En este sentido, tanto *El Pepe Firmenich* como *Timote* se sustentan en investigaciones previas y entrecruzan ficción con ensayo histórico. En el caso de Feinmann, su novela es un desprendimiento de los artículos que por entonces venía publicando en *Página/12* y que luego serían editados en dos gruesos tomos bajo el nombre de *Peronismo. Filosofía política de una persistencia argentina* (2010/2011); por su parte, en las primeras páginas de la novela Nedich menciona el estudio de diecisiete trabajos sobre el peronismo y la lucha armada de los años ‘70, así como también entrevistas que realizó a militantes montoneros entre los que se destaca Ignacio Vélez, “el primer disidente dentro de la cúpula que se opuso a la dureza que ciertos comandantes tenían hacia los montoneros caídos.” (6)

Como señalábamos en el apartado anterior, la ausencia advertida por ambos autores se sostuvo más allá de que en los últimos años (y a la luz de “setentismo” kirchnerista) incontables publicaciones hayan abordado la década del ‘70 y la parábola trazada entre la “inminente” Revolución y la efectiva Restauración conservadora. En este sentido, continuó existiendo un relativo vacío generado por la desaparición física (Abal Medina, Sabino Navarro, Arrostito, Galimberti, etc.) o política (Firmenich, Perdía, Fernando Vaca Narvaja) de quienes fueron los principales responsables de la conducción montonera. Frente a este escenario, tanto Nedich como Feinmann decidieron apelar a la ficción narrativa para situarse en ese vacío y escrutar *desde adentro* el accionar de los grupos armados de izquierda, determinando sus marcas de origen y aproximándose al pueblo peronista desde cierta óptica montonera que lo comprendía como una otredad a un mismo tiempo cercana y distante.

Por otra parte, al permitirse retratar a quienes ocuparon la conducción de Montoneros, estas novelas sobresalen en el conjunto de obras que desarrollaron un reciente “revisiónismo literario” sobre la Tendencia Revolucionaria. En este sentido, observamos que para representar a las organizaciones revolucionarias, la mayoría de estos textos han sabido dar mayor protagonismo a personajes que ocuparon segundas o terceras líneas, y sus historias muchas veces se enmarcan en relatos autobiográficos o autorreferenciales.¹⁰ *El Pepe Firmenich* y *Timote* se yerguen, entonces, como las pocas excepciones a esta tácita regla.

1b) Entre la vanguardia revolucionaria y el imaginario popular

Para sintetizar la trágica parábola trazada por la Tendencia Revolucionaria, la novela de Nedich se divide en dos mitades con prístinos títulos: Génesis y El fin. La

primera parte transcurre entre 1970 y 1973, es decir, desde la aparición pública de Montoneros hasta el retorno de Perón. Recogiendo la expresión del cuarto capítulo de *El Pepe Firmenich*, este periodo estaría marcado por “el romance con el pueblo”. Dentro de ese capítulo, son los propios líderes montoneros quienes narran los pormenores del secuestro y el ajusticiamiento de Aramburu, así como también el copamiento de La Calera y el posterior asesinato de Fernando Abal Medina en la localidad de William Morris. Firmenich, la principal voz narradora en este pasaje, se refiere a las acciones que se precipitaron a principios de los ‘70 y luego afirma:

“(La muerte de Abal Medina) Nos otorgó una representatividad en el pueblo que sorprendió a los agachados del gobierno, que no podrán erradicarnos fácilmente. (...) Ya para La Calera, estábamos en el imaginario popular del hombre nuevo que puebla y se multiplica en nuestra bendita Argentina.” (51)

La cita resulta elocuente para marcar la visión distanciada del Firmenich configurado por la novela respecto del “imaginario popular” al que la Organización debía interpelar. En su novela, Feinmann coincide en calificar a este momento inaugural como un “romance” entre los Montoneros y el pueblo, ya que el secuestro y la muerte de Aramburu (principal referente de la Revolución Libertadora que fusiló a peronistas rebeldes, robó el cadáver de Evita y pretendió *desperonizar* al país) habría tenido una amplia aprobación popular. En otros términos, el pueblo habría *entendido* a Montoneros y Montoneros habría *entendido* al pueblo, y esta reciprocidad le habría otorgado legitimidad al discurso de los jóvenes revolucionarios en relación a su auto-adjudicada “representatividad”. En la novela de Nedich, el crecimiento exponencial experimentado por la organización durante sus primeros años lleva a Firmenich a teorizar sobre los vínculos entre la *vanguardia* y el *pueblo*, efectuando una cruda crítica a la *izquierda* de “grupúsculos inexistentes, solo representativos de sí mismos, a los que el pueblo peronista está lejos de comprender” (53). Allí, el líder montonero pretende distanciarse de esta visión y sostiene: “para nosotros, el movimiento del pueblo es el que genera la vanguardia (...). El pueblo es nuestro sujeto histórico, los trabajadores, los principales protagonistas del cambio y el peronismo, la identidad política de todos los argentinos.” (53)

Ahora bien: si nos detenemos en la cita, notaremos que el planteo que Nedich pone en boca de Firmenich muestra una insalvable ambivalencia, pues al tiempo que sostiene la condición del pueblo como “sujeto” activo, en la *praxis* montonera queda reducido a ser un *espectador* del drama y/o a constituirse como *emisor* de una consigna que solo los jóvenes Montoneros estarían en condiciones de interpretar y traducir a la arena política.¹¹ En este sentido, desde un primer momento se instala la tensión entre la asunción retórica de una mismidad popular y una conciencia táctica que explicita, en el seno de la Organización, la necesidad de relacionarse con esa otredad encarnada por sujetos que efectivamente trabajan en las fábricas o viven en las villas. Al mismo tiempo, la cita permite vislumbrar otra marca de origen que se impondrá con fuerza creciente: el empleo de la violencia como herramienta política. Sobre este aspecto, el Firmenich de Nedich manifiesta la necesidad de instalar un imaginario martiriológico que garantice “una especie de existencia metafísica fácilmente percibida por el pueblo”, ya que, argumenta, “nuestros mártires caídos, presentes en el canto del pueblo, nos ubicarán en un lugar de privilegio frente al Viejo.” (88) Partiendo de este planteo la tragedia resulta inevitable, dado que el entramado entre

los “valores de uso” asignados por la conducción a los mártires de la Organización, al pueblo peronista y al propio Perón les impide, llegado incluso el momento democrático, abandonar las armas y actuar políticamente.

1c) Alteridades montoneras

Nedich no busca solo emplazar su novela en un determinado vacío discursivo sino remarcar, en relación con la tragedia montonera, la ausencia “desde sus máximos responsables, (de) una autocrítica necesaria y sensata. Mucho menos un arrepentimiento humano y político para que la sociedad los juzgue.” (9)¹² Haciendo pie en esta denuncia, apela a un relato coral en el que van tomando la palabra algunos de los principales cuadros montoneros: Mario Firmenich, Norma Arrostito y, en menor medida, Rodolfo Walsh. Sus voces vienen a representar distintas “alteridades montoneras” que tensan los hilos de una trama que atraviesa toda la década del '70, desde el Operativo Pindapoy hasta las Contraofensivas de 1979 y 1980. En este sentido, la novela pone de relieve algunas desavenencias internas que se sucedieron a largo de todo ese tiempo sin que generasen un recambio en la conducción ni consiguiesen torcer el sendero militarista. Bajo el liderazgo constante de Firmenich, remarca la novela, los montoneros sucumbieron a la militarización, trazando un círculo vicioso entre la necesidad de contar con mártires para generar un acercamiento con el pueblo, la necesidad de contar con ese pueblo para disputar el liderazgo y/o negociar con Perón y la necesidad de contar con Perón para dar cauce a la *Patria Socialista* que indefectiblemente habría de instaurarse, según la *doxa* nacional, popular y revolucionaria.

La segunda parte de la novela narra la consumación de aquella tragedia anunciada. En efecto, el alejamiento del pueblo se va profundizando luego del retorno y la muerte de Perón, con la irreversible militarización de la Organización y decisiones tan alejadas del “imaginario popular” como el asesinato de José Ignacio Rucci, Secretario General de la CGT cercano a Perón y pieza política fundamental para la concreción del Pacto Social. Aquí, Nedich contrapuntea las voces de los tres líderes para poner de relieve la *frialidad* y la *soberbia* de Firmenich, quien seguirá autoconfigurándose como el único capaz de interpretar al pueblo (y por ello, de ocupar el lugar de Perón), con la *intensidad* vital de Arrostito y la *lucidez* de Walsh. Veamos.

Norma Arrostito, alias “Gaby”, la única mujer que integró el grupo fundador y se desempeñó como comandante de primera línea hasta su captura en diciembre de 1976, ocupa un lugar destacado en la novela. Desde el diálogo con Firmenich que abre libro, su figura se instaure como un contrapeso del sesgo militar constitutivo de Montoneros. En este sentido, ella es quien reflexiona sobre la búsqueda del *orden* como elemental punto de confluencia entre “los milicos” y los jóvenes guerrilleros, al tiempo que se va mostrando como un sujeto *deseante* que busca saciar su dolor por la pérdida de Abal Medina manteniendo furtivos encuentros sexuales. Es sabido que Fernando Abal Medina y Norma Arrostito estuvieron relacionados sentimentalmente hasta la muerte del líder montonero; apoyándose en esta temprana pérdida, así como también en la unánime caracterización de Arrostito como una atractiva mujer (D’Angiolillo, 2008), el relato de Nedich le adjudica una sexualidad voraz y desenfrenada: no solo mantiene relaciones con Firmenich y Rodolfo Galimberti; también les describe detalladamente sus aventuras y fantasías eróticas, que

incluyen sádicos encuentros con un argelino, algunos pasajes de zoofilia y una violación consentida.

Resulta curioso constatar que la escasísima recepción crítica de la novela de Nedich no se produjo dentro de la esfera literaria sino en otra que podríamos llamar “historiográfica-militante”. Tal es el caso de *La significación omitida. Militancia y lucha armada en la Argentina reciente* de Omar Basabe y Marisa Sadi (2008). En el apartado “Los prejuicios sobre la condición de mujer”, Sadi acusa las tergiversaciones hechas por Nedich en *El Pepe Firmenich* y pone el grito en el cielo, ya que atribuirle a Arrostito “prácticas sexuales desenfundadas” o “una relación con el contra almirante Chamorro durante su cautiverio”:

“(…) ha prendido de tal forma en quienes de una u otra manera abordan su derrotero, que hoy por hoy aparece en textos de índole diversa, representada según esos parámetros donde la intencionalidad manifiesta falta en un todo a la verdad histórica. En el libro Galimberti -trabajo con pretensiones periodísticas serias- se presenta un diálogo entre Firmenich y Galimberti donde Arrostito aparece sosteniendo relaciones sexuales con ambos. El nivel de bajeza y liviandad de ese diálogo realmente eriza la piel. (...) la cosa sube de tono cada vez que el texto se detiene en el costado erótico de Arrostito y alcanza su punto máximo cuando, en el marco de supuestas experiencias sexuales de Norma que ella le narra a Firmenich, traspasa todas las fronteras imaginando una escena donde es interceptada en la calle por un violador que la introduce en una obra en construcción sometiéndola a todo lo que la imaginación pueda anotar en el haber de un caso semejante, y más también. Según el relato, ella tenía un arma cargada y en algún momento pensó en usarla... pero no la usa. Queda bien claro, o mejor dicho se pone en boca da Arrostito, que no la usa porque... como le gusta... se deja. Lo hace con otras palabras, desde ya, a lo largo de un supuesto monólogo de Norma que le insume tres páginas (99-101). Para más datos, es el capítulo 13, ‘Abierta como una flor’, título que responde a una parte del supuesto relato de ella, que le cuenta a Firmenich que antes de que el violador la viole, ella ya estaba ‘mojada y abierta como una flor’. Como si fuera poco (hay mucho más, en realidad, muchísimo más), lo que de acuerdo a las torcidas fantasías de Nedich, Arrostito le cuenta a Firmenich, es en realidad lo que le cuenta a Firmenich que le contó a ‘Fernando’. O sea, a su compañero, Fernando Abal Medina, casualmente, otro montonero emblemático. Con este detalle, ignora, entre otras cosas, los valores morales que regían la relación de cualquier pareja montonera. La militancia era un proyecto de vida, habría que explicarle al señor Nedich. Las relaciones entre cuadros o militantes eran precisamente eso, y no relaciones entre reventados al mejor estilo de los personajes de Jorge Asís y sus *Flores robadas en los jardines de Quilmes*, si bien a veces se imponía el factor humano (fidelidad versus cuernos, esas cosas).” (156-157)

Sin ánimo de profundizar en el debate, diremos que la lectura de Sadi manifiesta cierta hipersensibilidad militante e impide distinguir entre ficción literaria e investigación histórica. Es cierto que, como hemos señalado, tanto la novela de Nedich como la de Feinmann generan cruces entre la novela y el ensayo. Sin embargo, como también hemos señalado, Nedich remarca desde un inicio el carácter ficcional de su obra, carácter que alcanza su máximo desarrollo, justamente, en la configuración literaria de Arrostito.

Por otra parte, constatamos que Feinmann acusó una lectura similar a la de Sadi en un apartado de la “Clase 112” de *Peronismo. Filosofía política de una obstinación argentina*, los ensayos folletinescos publicados en *Página/12*.¹³ Dicho apartado llevaba por título “El miembro viril del Galimba y su predilección por el sexo anal” y fue eliminado del segundo tomo aparecido meses más tarde. Allí decía que la novela de Nedich “se la agarra

con ella (Arrostito) y por su medio tiene la oportunidad de meter sexo desbordante y, según he confesado, para mí, al menos, desagradable e incluso insultante para una mujer que no merece ser maltratada, ya que bastante o demasiado lo fue en vida.”¹⁴ Sin embargo, a diferencia de Sadi, luego de repasar una serie de datos provistos por las confesiones de los personajes que se tornan inverosímiles a raíz de su exacerbada especificidad, señala que indudablemente se trata de “alardes imaginativos” propio de los “novelistas y periodistas que quieren escribir ‘con la agilidad de una novela’.”

Dicho lo anterior, nuestra intención no es cuestionar esta modelización literaria de Arrostito sino intentar interpretarla a la luz del imaginario peronista. En tal sentido, mientras Firmenich se empeña en *ser Perón*, su contraparte actualiza las diferentes alteridades representadas por Evita; entre ellas su procedencia popular, ser la única mujer con poder en un espacio eminentemente masculino y mostrarse en tensión con el clivaje de derecha de su propio Movimiento.¹⁵ Además, la Gaby resulta configurada según los parámetros del discurso antiperonista que tildó a Eva Perón de “puta”; y en una tercera dimensión, consumada la captura, su figura puede equipararse con el cadáver de Eva en tanto motiva la lascivia de su custodio y resulta un trofeo de guerra para los militares, quienes la exhiben a propios y a extraños durante el prolongado y tortuoso cautiverio en la ESMA, antes de hacerla desaparecer. Por otra parte, retomando lo que señalábamos arriba, la configuración de Arrostito arrastra elementos *caóticos* sedimentados en su frenética vida sexual que constituyen un elemento disruptor situado en el seno de la propia Organización. En este sentido, al igual que la figura del “Negro” José Sabino Navarro sobre la que nos detendremos más adelante, el indisciplinamiento de la Gaby concita una resistencia interna frente al militarismo montonero y su imprescindible adoctrinamiento conductual/corporal.

Pasaremos ahora a revisar la configuración de Walsh presentada por la novela de Nedich. Como dijimos, Rodolfo Walsh, alias “Rudy Inteligencia”, “Inteligencia” o “Culo de Botella” aparece caracterizado bajo el signo de la *lucidez*. Una lucidez que “molesta” a Pepe (157) porque cuestiona desde adentro el cauce que iban tomando sus decisiones. “Inteligencia” sintetiza, así, las desavenencias internas de la Organización que, desde el citado Vélez hasta la tardía ruptura de Galimberti, Gelman y otros dirigentes montoneros en tiempos de la primera Contraofensiva, fueron tan constantes como el liderazgo de Firmenich. La novela muestra pasajes en donde los conceptos de Rudy son referidos por Arrostito junto con otros en los que él mismo, como oficial de inteligencia de la Organización, trata de persuadir al “compañero Pepe”. En este sentido, Walsh se empeña en señalar la tragedia que sobrevendrá luego del pase a la clandestinidad, los peligros derivados de la conjunción entre “ingenuidad política” y “uso de la fuerza” (154) y la amenaza que Perón advertía en los jóvenes montoneros. Además, impreca a Pepe diciéndole:

“Compañero Pepe, si no se detiene a reflexionar políticamente, vamos a una guerra que no estamos en condiciones de sostener. No tenemos industrias ni industriales que apoyen nuestro modelo de país; no tenemos crédito; somos una organización revolucionaria a la que no le da el cuero para aspirar a más, porque se malogró el buen trabajo hecho con el pueblo. (...) En realidad el Viejo nos cree inteligentes, está pidiendo que toda la Conducción Nacional de la Orga presente la renuncia; es solo un recambio político, que usted no se anima a hacer; usted quiere gloria, compañero, meta inadecuada para iniciar una guerra (...).” (155-156)

Como vemos, es Walsh quien recalca en la novela esa sed de gloria personal que llevaría a la Organización a una guerra sin retorno. A la vez, advierte a Pepe que “la gente no lo va a seguir, ni va a tomar las armas para defendernos cuando usted ordene pasar a la clandestinidad”, le recuerda que “las armas no fueron tomadas ni siquiera para defender a Perón” y le pregunta: ¿Cuántas fábricas pierde el pueblo si nosotros pasamos a la clandestinidad? (...) el pueblo no pierde nada; en cambio nosotros perdemos al pueblo y el trabajo que podemos hacer con él en las fábricas, en las empresas, en los barrios.” (156)

Posteriormente, en el capítulo “El policial duro de no-ficción”, Walsh retoma la palabra para ofrecer una lectura sobre la situación política luego del golpe. Además, remedando su estilo narrativo, Nedich describe la masacre de su hija María Victoria junto a sus compañeros, así como también la “cita envenenada” en la que Rudy es asesinado. Para ese entonces, Firmenich y otros cuadros superiores se habrán exiliado, llevando una vida de “celebridades” (236) y digitando contraofensivas suicidas frente a la salvaje maquinaria del terror dictatorial. Los mártires montoneros, ya huérfanos “soldados de Perón”, se multiplicarán al final del relato -coincidente con las postrimerías de la década-, pero esos *sacrificios* no se traducirán en un mayor acercamiento al pueblo ni en una mayor representatividad popular.¹⁶

1d) Lo que se cifra en el nombre

El Pepe Firmenich se adentra en la trayectoria de Montoneros para realizar una particular conjunción entre las *razones* históricas que motivaron su accionar y la *locura* militarista que los llevó a impulsar una escalada de violencia sin fin. En este sentido, las razones de la tragedia apuntan a la imposibilidad fáctica de los jóvenes guerrilleros para ser *vanguardia* de un pueblo con el que no se compartían ni su lengua ni su experiencia. Sin embargo, la *locura* (cristalizada en la conducción) habría radicado en el hecho de no haber asimilado dicha imposibilidad y en desarrollar, por el contrario, una estrategia discursiva que reforzaba esa pertenencia popular de manera inversamente proporcional a su alejamiento del pueblo. En el relato de Nedich, el principal foco irradiador de tal *locura* es el máximo líder montonero: la última escena nos muestra a Firmenich preparando en 1979 una película que se llamará *Resistir es vencer* y que lo mostrará enteramente mimetizado con Perón “para recordarles a los trabajadores que yo soy el sucesor en todos los órdenes” (240). El Pepe entonces habla, y las líneas que cierran la novela (envueltas en atmósferas de ensueño) arrojan palabras de salutación a sus compañeros y “al resto de los argentinos” a manera de apertura de su primer discurso presidencial. Esta *locura* de Firmenich, traducida en su incapacidad para reconocer el lugar político y social que ocupa, lo lleva a la *soberbia* de creerse Perón y decirse “pueblo” sin serlo.

Para dar fin a este apartado, querríamos señalar el hecho de que tal deriva echaba raíz en una marca de origen cifrada en el propio nombre de la Organización. Esto puede evidenciarse en la película documental *Resistir* (1978) de Jorge Cedrón, basada en una larga entrevista realizada al entonces barbado y exiliado Mario Eduardo Firmenich, quien, a punto de cumplir 29 años de edad, se presentaba como “Secretario General del Partido Montonero y del Movimiento Peronista Montonero”.¹⁷ El film delineaba, entre otros aspectos relevantes, una genealogía de la Organización cuyo propósito era ligarla con la Resistencia obrera emergida luego del derrocamiento de Perón y, al mismo tiempo, con las

montoneras gauchas del siglo XIX. Promediando la película, y frente a las preguntas “¿qué son los montoneros? ¿es una guerrilla? ¿qué es? ¿cómo se originan?”, el entrevistado esbozaba su característica media sonrisa y afirmaba: “el origen de los montoneros data de mucho antes del origen de los montoneros, aunque parezca un contrasentido.” Entonces, aparecían imágenes de gauchos con la canción “Caballito criollo” como música de fondo y una voz en *off* reivindicaba a esas “masas armadas” que triunfaron en la guerra contra el colonialismo español pero fueron derrotadas “momentáneamente (...) por la oligarquía del puerto de Buenos Aires”. Acto seguido, sin solución de continuidad, Firmenich retomaba su relato sobre las luchas obreras de fines de los ’50 que habrían dado luz a los montoneros, concebidos a su vez como el “renacimiento” de aquel pueblo en armas. Ahora bien: ¿qué es lo que se cifraba en el nombre “Montoneros” sino la tragedia de adoptar una identidad que no se correspondía con la del sujeto político que devino efectivamente de aquellas “guerrillas gauchas”? Signados por este desfase subjetivo de origen congénito, los jóvenes montoneros atravesaron aquellos sangrientos años sin poder generar una síntesis entre *peronismo* y *guevarismo*.

2. José Pablo Feinmann: una tragedia argentina

“Yo no soy joven yo soy muy viejo / ríete de mí que soy tu espejo.
Tú y yo estamos bajo control. / Romper es nuestra única venganza.”
-La Polla Records, “Venganza”. *Salve*, 1984.-

Timote (Planeta, 2009) es la décima novela publicada por el prolífico y polifacético José Pablo Feinmann.¹⁸ Esta obra se asienta no solo en la configuración de subjetividades montoneras sino también en la de Pedro Eugenio Aramburu, quien hacia 1970, lejos de querer *desperonizar* a la Argentina, habría estado dispuesto a negociar con Perón para levantar la proscripción y propiciar su retorno. Profundizaremos, entonces, en esta inédita representación literaria de Aramburu como antagonista de los jóvenes revolucionarios antes que en las alteridades presentadas por los fundadores de la Organización. En este sentido, entendemos que Feinmann ha querido moldearlas no tanto en interno contrapunteo sino en tensión con el pensamiento de Aramburu y, a través de esa relación dialéctica, poner de relieve el carácter trágico del acontecimiento que parió públicamente a Montoneros y torció la historia del país.

Decíamos que tanto Nedich como Feinmann partieron de previos y relativos vacíos discursivos, ya fuese en torno a la figura de Firmenich como a lo acontecido durante el secuestro y la muerte del ex Presidente *de facto*. Feinmann se ha encargado de explicitarlo haciendo hincapié en el hecho de que la única versión sobre el Operativo Pindapoy es la del propio Firmenich, quien habría planificado la publicación de su testimonio para incitar a Estela Martínez de Perón a clausurar la revista *La Causa Peronista* y contar, así, con un argumento de fuste para pasar a la clandestinidad.¹⁹ Asentándose en esta consideración, la voz narradora de *Timote* adopta la modalidad *conjetural*, apelando a un constante “supongamos” en torno al cual orbitan, fundamentalmente, una serie de diálogos entre Fernando Abal Medina y Aramburu, es decir, entre el victimario y su víctima. Siguiendo a Eduardo Grüner, la “ambigüedad o intercambiabilidad” entre ambos roles es un “tema”

que liga a esta obra con *Últimos días de la víctima*, primera novela de Feinmann inscripta en el policial negro y elaborada en plena dictadura. Asimismo, asumiendo la perspectiva aportada por Guillermo Saccomanno, podríamos decir que *Timote* se encabalga entre diferentes géneros. Ya lo hemos señalado en el apartado anterior, cuando sostuvimos que la obra se emplazaba en los intersticios entre la novela y el ensayo.²⁰ Saccomanno llega a una conclusión similar cuando se interroga sobre la naturaleza genérica del libro, al que caracteriza como “un ensayo ficcionalizado con momentos confesionales de autobiografía intelectual”; pero además, al reparar en su génesis como desprendimiento de los “ensayos folletinizados” que Feinmann venía publicando en *Página/12*, observa que en ese devenir subyacieron las características del folletín en su variante *pulp*: “no le faltan ni las balas ni el sexo que incita a la violencia. Las balas que disparará Fernando Abal Medina. El sexo que lo estimula, Norma Arrostito, guerrillera *femme fatale*. Tres hombres, una mujer, un plan.”²¹ Citamos a Saccomanno para enfatizar que *Timote* no puede considerarse una “novela histórica” sino que, por el contrario, viene a alinearse con su pulso cinematográfico a la serie de relatos policiales que consolidaron a Feinmann como autor de ficción. Y desde esa matriz literaria de alcance popular, el autor consiguió disparar algunas preguntas incómodas alrededor de la tragedia padecida y desatada por aquella militancia revolucionaria.

2a) ¿Una tragedia sin coro?

Timote fue presentada el 1° de mayo del año 2009 en la Feria del Libro de Buenos Aires. En ese marco, el autor estuvo acompañado por Horacio González y Guillermo Saccomanno, en tanto la voz de Eduardo Grüner pudo oírse a través de una carta enviada para la ocasión. De esas intervenciones extrajimos algunas ideas que dieron cierre al punto anterior; para abrir este, querríamos abreviar una vez más en lo escrito por Grüner, pues su misiva aseveraba que la “verdadera tragedia” presente en la novela era “la del Coro ausente, al cual nadie le dirige la palabra, del cual nadie escucha sus advertencias o sus temores.”²² Respecto del sino trágico constitutivo de los “héroes” montoneros, Grüner advertía de igual modo la presencia de la *hybris* o el “pecado de soberbia”; y así lo hacía, a su vez, la voz narradora desde las primeras líneas de la novela, al inquirir sobre los motivos que habrían llevado a los líderes montoneros a reunirse en una pizzería de William Morris aun sabiendo que eran las personas más buscadas del país. Focalizándose en Abal Medina, el héroe montonero por antonomasia, ese narrador hallaba respuesta en “la impunidad que le da sentirse un dios” (9). Aquí surgen algunos interrogantes: ¿acaso hubiese podido depararle otro destino a un grupo de muchachos que apenas superaban los veinte años y que, a la manera de demiurgos, modificaron el curso de la historia argentina? ¿Cómo no habrían de pecar de soberbia quienes se erigieron como hacedores fundamentales del retorno de Perón y en pocos meses lograron constituir un frente combativo de miles de militantes, para luego verse en condiciones de disputar la conducción del Movimiento al mismísimo “Padre Eterno”? La *hybris* puede considerarse, entonces, una fatalidad. Por eso coincidimos con Grüner cuando argumenta que es la ausencia del Coro (es decir, de esa otredad popular que es *fons et origo* del peronismo) la verdadera tragedia que nos muestra *Timote*; tragedia que, aunque se manifestó con entera magnitud poco después, echaba sus raíces en el Operativo Pindapoy, el acto fundacional de Montoneros.

A la vez, Grüner señalaba que los jóvenes revolucionarios y el viejo militar se espejaban en un mismo trasfondo trágico, dado que:

“Ni los matadores de Aramburu ni Aramburu parecen responder a nadie: no han sido designados por el Destino, ni señalados por el Oráculo. Mucho menos son emisarios de la polis, del ‘pueblo’ que encarna, con sus dudas y contradicciones, el Coro. No hay más voces dentro de sus cabezas que las que ellos mismos se hacen escuchar para persuadirse de su Misión. Eso no los hace, de ninguna manera, iguales –ni siquiera bajo una teoría de los dos ángeles: justamente, son incomparables, ‘inconmensurables’, como debe ser en una tragedia, donde los polos en conflicto ni siquiera están en un terreno común donde a la guerra se le pudieran poner palabras que ambos entiendan, aunque fuera para matarse: ni la palabra ‘Dios’ les dice lo mismo, apenas la usan para hablarse, como ‘significante vacío’-. Pero hay en ambos una misma imposibilidad de concebir que aquellos que están persuadidos de ‘representar’ pudieran tener algo distinto que decir, o eligieran sencillamente hacer silencio, pensar en otra cosa.”²³

Podríamos decir que Montoneros y Aramburu se presentan, en un punto, como antagonistas irreconciliables. Sin embargo, coinciden en prescindir de la otredad representada por el pueblo peronista. Esta “incomensurabilidad” que a la vez los une es, entonces, la “verdadera tragedia” de *Timote*, la cual, corrigiendo levemente a Grüner, no se produce por la ausencia del Coro sino más bien por su expulsión. Este procedimiento es enfatizado en la novela y se plasma en una escena clave: cuando los montoneros arriban a La Celma, el joven Gustavo le ordena a Don Blas Acébal, “capataz fiel” de la estancia de los Ramus, que se vaya unos días al poblado. Entonces el narrador, en simbiosis con el joven montonero, apunta: “Buena idea librarse de él. Entra en la casa. Ahora él (Ramus), no Acébal, es el pueblo.”²⁴ (112) Don Blas Acébal viene a constituirse, así, como metonimia de ese “pueblo” que los montoneros desplazaron para asumir su representación; y paradójicamente, ese desplazamiento será condición *sine qua non* para hacer caer sobre Aramburu el peso de una auto-adjudicada “justicia popular”.

A diferencia de *El Pepe Firmenich*, en la interacción dialógica propuesta por *Timote* es la propia víctima quien cuestiona esa asumida capacidad de los jóvenes montoneros para constituirse como vanguardia del pueblo. Citamos uno de los tantos diálogos que se suceden dentro de la estancia, enmarcados en el “juicio revolucionario” que los montoneros hacen al ex dictador:

“(Abal Medina) El pueblo no quiere un peronismo de saco y corbata (...). Quiere un peronismo que haga la revolución. Como Evita lo pidió.

-¿Puedo preguntarles algo? –dice Armaburu. Todos, muy seriamente, siguen mirándolo. Aramburu se siente autorizado:

-¿Cómo saben ustedes lo que quiere el pueblo? ¿Por qué hablan en su nombre con tanta certeza? Si esta estancia es de alguien de ustedes, les comunico que el pueblo no tiene estancias. Y que ustedes no son parte de él.

-Eso es una estupidez, general –dice Fernando, ofuscado-. Nosotros somos un grupo de vanguardia. Ni Lenin ni Fidel ni el Che ni Artigas ni Dorrego eran gente del pueblo. Pero no ignoraban lo que el pueblo quería. Porque, a diferencia de usted y los suyos, lo escuchaban, sabían de sus sufrimientos, de la explotación a que ustedes lo someten.” (153)

Podemos observar cierta similitud entre la posición del Firmenich configurado por Nedich y los argumentos del Abal Medina configurado por Feinmann; es decir, los jóvenes

montoneros serían una “antena” con la capacidad de decodificar al pueblo. De esta manera, la vanguardia no se disgregaría de la masa sino que, por el contrario, encontraría en ella su impulso originario. Estamos aquí en los albores de la trayectoria montonera y estos argumentos se enmarcan en el temprano “romance” entre el pueblo y la Tendencia Revolucionaria. Sin embargo, a través de *excursus* que interpelan los argumentos y contraargumentos esgrimidos por los personajes, la voz narradora plantea “un problema complejísimo” en torno a la delegación de una supuesta representación popular. A través de estas brechas abiertas por la novela, la voz narradora discute con Abal Medina y espeta a los jóvenes montoneros:

“Ustedes son la vanguardia. La vanguardia siempre sabe más que el pueblo. Por eso es la vanguardia. Pero ese saber condena a la vanguardia a actuar al margen del pueblo. A alejarse de él. Este alejamiento es peligroso. Produce un resultado paradójico y a menudo trágico: el pueblo no sabe lo que sabe la vanguardia: la vanguardia no sabe lo que sabe el pueblo. Al no saberlo, tampoco sabe lo que quiere.” (79)

En la intervención que mencionamos, Saccomanno acusaba “la impresión de que José Pablo Feinmann no puede escribir callado. Ni puede dejar al lector leer en silencio”. En efecto, en su novela Feinmann intercala largos párrafos en los que se deslizan análisis de lo sucedido, al tiempo que en un plano extra-literario se muestra como exégeta de su propia obra. Dada esta particularidad, señalamos la contradicción presente en *su* reflexión. Por un lado, afirma que a vanguardia sabe *más* que el pueblo; acto seguido, dice que los saberes de la vanguardia y del pueblo son *diferentes*. Por lo tanto, la relación entre ambos no debería medirse en términos *cuantitativos* sino *cualitativos*. Creemos que esta puede ser la vía de resolución para una paradoja político-epistemológica que, conjugada con el sostenimiento de la violencia política, derivó en tragedia. En otras palabras, si el pueblo y la vanguardia se reconocieran mutuamente como recíprocas otredades, la imposibilidad fáctica de una plena representatividad no sería un problema sino una nueva posibilidad a indagar en la confluencia entre ambos vectores.

2b) Razones de la locura

A contramano de la teoría de “los dos demonios” y las abundantes acusaciones de *locura* e *irracionalidad* en el accionar de los grupos armados (Rot, 2011), Feinmann intenta indagar en las *razones* que llevaron a miles de jóvenes a optar por las armas. Despliega para ello una dinámica dialéctica que tiene como finalidad demostrar que Fernando Abal Medina y Pedro Eugenio Aramburu encarnaban dos fuerzas políticas llamadas a enfrentarse en ese entramado histórico. En este sentido, remitiéndose a la definición de “tragedia” hecha por Hegel, la voz narradora advierte que no estamos ante “la lucha de lo justo contra lo injusto, sino de lo justo contra lo justo.”²⁵ (43) Es decir que, por una parte, nos encontramos con las razones de Montoneros sintetizadas en la sentencia de Abal Medina: “Somos la creación perfecta, impecable de la Argentina gorila” (100). La experiencia histórica que signó la conciencia política de aquellos jóvenes revolucionarios fue, en efecto, la del peronismo proscrito. Por esta razón, la emergencia de una nueva generación de peronistas decididos a matar y a morir respondía a una determinada lógica coyuntural, y sus acciones tendientes a revertir un orden injusto eran una consecuencia de

ese orden injusto. Dentro de ese marco Aramburu era, para quienes tomaron la decisión de secuestrarlo y ajusticiarlo, el principal hacedor de esa situación insostenible. Cristalizado como símbolo de la contraofensiva anti-peronista, estaba condenado antes de que los Montoneros iniciasen el “juicio revolucionario”. De esta manera, en relación con las razones que motivaron el accionar de los jóvenes militantes, la novela pone de relieve dos cuestiones cardinales. Por una parte, la presencia de una marca de origen que los llevaba a deshumanizar al enemigo; existiría, así, una línea de continuidad entre la muerte de Aramburu y el asesinato deliberado de policías²⁶, singular rito de iniciación montonero que solo puede hallar explicación en esta “loca razón”: aquello que los montoneros mataban no eran hombres sino los símbolos de un sistema injusto, perverso y represivo.

La otra cuestión se ubica en un plano diferente y hace a la puja entre el *cambio* y la *permanencia* en la conformación y desarrollo de las identidades políticas. Al comenzar este apartado hemos señalado que, hacia 1970, Aramburu no era el mismo sujeto político que había derrocado a Perón en 1955. Hemos dicho, también, que la novela muestra que este cambio careció de relevancia para los jóvenes que lo ejecutaron. En este sentido, las razones de Aramburu, personaje que esgrime sus argumentos y se conserva digno hasta el final, acaban siendo “incomensurables” para los Montoneros. Al comenzar el “juicio revolucionario” su estrategia de defensa es poner de manifiesto ese cambio, pero encuentra como respuesta el siguiente contraargumento: el peronismo que él quería integrar anulaba la posibilidad del peronismo que los jóvenes montoneros pretendían instaurar. Quedaban enfrentados de esta manera “un peronismo de saco y corbata” con un peronismo “destinado” a encaminarse hacia el socialismo. Como segunda medida, les achaca desconocer a Perón y les advierte sobre sus intenciones de “milico anticomunista” (155). Entonces, Abal Medina arroja una respuesta inserta en la atmósfera “setentista” de la Revolución inminente que viene a realzar el sino trágico de los “héroes” montoneros: “No importa lo que piensa Perón. Importa lo que objetivamente representa y lo que va a tener que aceptar. Hoy, nadie puede ser Perón y no ser un revolucionario. Porque eso esperan el pueblo y la Historia de él.” (155) A la vez, le aclara que él y los miembros de su generación crecieron escuchando pestes de Perón pero supieron distinguir, entre la maraña de difamaciones, su verdadera estatura política. Finalmente, el otrora líder de la Revolución Libertadora los acusa de atribuirse una representatividad popular carente de sustento. Aunque ya nos hemos detenido sobre este punto, aún nos depara otro aspecto a escrutar.

c) Sólidos sentimientos

En la Argentina, la narrativa que estableció vínculos con lo político ha sabido asentar su núcleo dramático en la tensión generada entre los pensamientos y los sentimientos de sus personajes; y desde *Los siete locos* de Roberto Arlt (1929) hasta *Historia del llanto* de Alan Pauls (2009), esta tensión se da tanto entre lo que *pueden* pensar y sentir como entre lo que *no pueden* pensar y sentir. Si consideramos esta premisa veremos que *Timote* nos presenta, en el vaivén entre *cambio* y *permanencia* que tensiona toda subjetividad política, otro origen de la tragedia: aquello que en última instancia hacía confluír a los antagonistas de la contienda se correspondía con el vector afectivo. Veamos.

Por una parte, la omnisciente voz narradora afirma que “la historia (...) nos cambia a todos” (31). Observa que Aramburu efectivamente ha cambiado y supone que “algo habrá hecho también con Perón.” (31) Aquí cabe hacer la siguiente aclaración, que se relaciona también con la posterior consumación de la tragedia anunciada: durante los años de su exilio, más allá de su conducción de tipo “pendular”, Perón no cambió a raíz de la reformulación de su pensamiento y de su *praxis* sino a partir de las interpretaciones sobre su figura y su legado que la Historia fue precipitando. Por este motivo acabó siendo un *significante vacío*, un “comodín” que adoptaba la forma y la medida que le conferían los más diversos actores políticos (Laclau, 2005). Decíamos arriba que Aramburu había cambiado pero sus captores juzgaban y condenaban a aquel sujeto político “congelado en junio de 1956” (123). Pero la novela, al tiempo que da cuenta de este cambio, subraya la persistencia de sus sólidos sentimientos anti-populares. En este sentido, Aramburu estaba dispuesto a reconocer que “el país se obstinaba en ser peronista” (30) pero seguía tan alejado como siempre de la posibilidad de establecer lazos afectivos con esa mezcla de indios y de porteños que habían emergido, junto al peronismo, como un conjunto de presencias físicas llamadas a confluír en la misma nación. Citamos una vez más al narrador de la obra, que lo expresa con total claridad:

“(Aramburu) no ha dejado de ser Aramburu. Piensa como un político, siente como el milico antiperonista que siempre fue. La búsqueda de una salida democrática no lo ha llevado a amar a los negros. A la demagogia de Evita. A los carnavales masivos de Perón. Al mal gusto. Eso, en su interior, provoca la misma repulsa de siempre. Pero no hay caso: ese pueblo tenemos, a esos líderes ama ese pueblo y no podemos seguir negándolo. Si pudiera, no haría nada de eso. Pero no puede ni pudo. Nadie pudo. Hay que cambiar. Tragarse el sapo y cambiar.” (159)

Vemos, a través de esta perspectiva, la imposibilidad de comprender al lazo afectivo por fuera de la *demagogia* y el *simulacro* que los sectores conservadores-liberales han sabido endilgar a los llamados “populismos” (Vilas, 1995):

“Vi a ese pueblo entregarse a ese amor hasta perderse, hasta no tener presencia, hasta inmolarse. Si uno les hubiera preguntado qué eran. Qué eran ellos, entienden. Habrían dicho: somos nuestro amor a Evita. Así, ella podía manejarlos como quería. (...) (Pero) no necesitaban amarse a sí mismos porque ella los amaba. Con eso era suficiente.” (158)

En el imaginario de Aramburu no hay lugar para teorías como la de Ernesto Laclau, es decir, sobre la existencia de una “razón populista” que genera el “cemento social” necesario para “unir elementos heterogéneos”.²⁷ Tampoco puede comprender el rol fundamental de cohesión social en los líderes carismáticos que encarnan un modelo “ideal” para los individuos que se identifican con él. Por el contrario, al permanecer intacta en él la dicotomía civilización/barbarie, siente, como en su momento lo sintió Gustave Le Bon (cfr. Laclau, 2005), que la multitud es una zona de “contagio” determinada por mecanismos de “sugestión”. En este punto, la voz narradora retoma la palabra para decirnos:

“Aramburu piensa que ese pueblo amó tanto a Eva porque era un pueblo ignorante. Porque eran mestizos recién llegados del interior. Cabecitas negras, grasitas, como ella les decía. Un pueblo culto no puede amar así a un gobernante. Un pueblo culto no pierde su dignidad crítica. Nadie puede extraviarse, ahogarse en otro. Solo un pueblo de brutos, de fanáticos, pudo llegar

a un amor tan extremo. ¿Qué puede esperarse de ese pueblo? Demasiado, lo peor. El amor de los fanáticos arrasa con todo. No hay decretos contra las pasiones de los ignorantes. Quien no ha sido pulido, trabajado por la cultura, solo atesora la pasión, la furia de la barbarie.” (158)

Por otra parte, hemos señalado las limitaciones de la subjetividad montonera configurada por las novelas al momento de desplegar lazos afectivos con esa otredad encarnada por el pueblo peronista. Los jóvenes inscriptos en la izquierda peronista estructuraron, en este sentido, una autoconfiguración constitutivamente trágica que los llevaba a considerarse como vanguardia legítima del pueblo mientras le otorgaban un determinado valor de uso dentro de su desacertada estrategia militar. De esta manera, proyectaron la matriz cultural occidental montada sobre la exclusión de un pensar seminal de salvación al tiempo que, al bregar por un evento revolucionario total, volvieron superfluo el momento político.

La novela nos dice, además, que lejos de subsumirse en ese “amor hasta perderse”, el componente guevarista de Montoneros enarbolado fundamentalmente por la conducción de Firmenich²⁸ habría decidido “encarar la praxis revolucionaria de la Orga desde el *Mensaje a la Tricontinental*. Solo un pueblo lleno de odio puede enfrentar a un enemigo feroz. Transformar al combatiente en una máquina de matar.”²⁹ (45) La opción por la violencia fue, así, una marca de origen que atravesó toda la parábola montonera. Las armas cobraron un lugar cada vez más preponderante y el desencuentro con la otredad popular se consumó a la par de los intentos fallidos por negociar la sangre derramada, desde una cúpula que acabó en el desquicio de plantear una guerra imposible de sostener.

El Pepe Firmenich y Timote deben enmarcarse dentro del conjunto de obras narrativas que, en el transcurso de la década pasada, tematizaron/problematizaron al peronismo focalizándose en la violencia política y en la trayectoria montonera. Desde diferentes “órdenes de cosas” habilitados por la literatura, esos textos indagaron las contradicciones constitutivas de aquella joven militancia cuyo imaginario se montó en una síntesis imposible entre *peronismo* y *guevarismo*. La variedad representacional de tales relatos, a su vez, se desplegó desde la sátira perpetrada por Daniel Guebel en *La vida por Perón* (que señala allí el origen de la *locura* y la ola de sangre que inundó la década del ‘70) hasta la tragedia relatada por Feinmann (quien apela a la ficción para trazar un contrapunto entre razones y sentimientos irreductibles), pasando por las alteridades montoneras de Nedich, la alegoría elaborada por Carlos Gamarro (*La aventura de los bustos de Eva*, 2004) y la parodia articulada por la dupla Capusotto-Saborido en “Bombita Rodríguez. Pop y revolución” (2009).

En aquella experiencia histórica enmarcada entre la Revolución “inminente” y la Restauración efectiva, y en los encuentros y desencuentros que los montoneros tuvieron con Perón y con esa otredad popular a la que afirmaban representar, se cifra el “reversionismo literario” alumbrado en los tiempos del “setentismo” kirchnerista. Tiempos en los que las identidades políticas volvieron a congregarse en torno al peronismo y a los posibles vínculos entre las clases medias y los sectores populares.

¹ En *Peronismo y cultura de izquierda*, Carlos Altamirano hacía referencia a los años fundacionales señalando “(...) la constitución heterogénea del gobierno peronista, en la que convivían sectores democráticos y progresistas con grupos profascistas (como la entonces llamada Alianza Libertadora Nacionalista) y sectores reaccionarios del ejército, la política y el clero.” (2011:27)

² A propósito de “la figura de los *dos terrorismos*”, Hugo Vezzetti sostiene que nació “bastante antes de las circunstancias del Juicio a las Juntas y la difusión del *Nunca más*”, por lo que “solo a costa de un enorme vaciamiento de la experiencia y la memoria políticas ha podido imputarse a Ernesto Sabato y la Conadep la creación de una visión bipolar de la violencia que estaba ampliamente instalada en el discurso político y en la opinión pública desde, por lo menos, 1974” (2009:115).

Si nos remitimos a la frase que abre el prólogo del informe *Nunca más* de la CONADEP (1984), cuya autoría es atribuida a Ernesto Sabato, veremos que efectivamente comprende al “terror” de los ‘70 a partir de la convergencia de dos “extremos”. Se decía allí: “Durante la década del 70 la Argentina fue convulsionada por un terror que provenía tanto desde la extrema derecha como de la extrema izquierda, fenómeno que ha ocurrido en muchos otros países.” (2006:11) Sin embargo, tal vez como una muestra de la característica ambivalencia enunciativa de Sabato, esa simetría inicial se desnivela en el siguiente párrafo, cuando se señala que: “a los delitos de los terroristas, las Fuerzas Armadas respondieron con un terrorismo infinitamente peor que el combatido, porque desde el 24 de marzo de 1976 contaron con el poderío y la impunidad del Estado absoluto, secuestrando, torturando y asesinando a miles de seres humanos.” (11)

Una similar ambivalencia presenta la Introducción que Félix Luna escribió para la primera edición argentina de *Soldados de Perón* (1986), temprana y célebre “historia crítica sobre los Montoneros” del británico Richard Gillespie. Luego de declarar la “repugnancia” que siempre le provocó la organización, el historiador argentino agregaba:

“Mis antecedentes me eximen, creo, de aclarar que la misma repugnancia me provoca la brutal represión con que fue arrasado Montoneros y otros grupos similares. (...) Al fin y al cabo, Montoneros no era otra cosa que un grupo de ‘soberbios armados’ —para usar la expresión de Pablo Giussani—. El Estado represor, en cambio, significaba la degradación de la más alta institución comunitaria.” (2008:10)

³ Agregamos que el carácter “montonero” que la oposición política acusó en el kirchnerismo para impugnarlo contó con una amplia circulación y tuvo cierta eficacia (González, 2011).

⁴ Adoptamos la noción de “sistema” porque, a diferencia de otras más lábiles como “panorama”, permite vincular a los textos y a sus autores con diferentes tradiciones literarias y desplegar interpretaciones que contemplen a las obras en relación con el entramado discursivo extraliterario. A su vez, permite escrutar un campo literario tensionado entre escritores canónicos y marginales, algo particularmente productivo si abordamos obras que tematizaron recientemente al peronismo; en tal sentido, este enfoque nos posibilita contar con “la apertura y fluidez necesarias para problematizar y ampliar los posibles corpus que conforman el espesor del espacio literario” (Bracamonte y Marengo, 2015:23).

⁵ Con esta expresión estamos aludiendo a *En otro orden de cosas*, la novela de Rodolfo Fogwill editada por Mondadori Barcelona en 2002 y publicada en nuestro país en el año 2008 a través de Interzona.

⁶ En un conciso capítulo introductorio, Goldar establecía la distinción entre historiografía y literatura, validando “la significación y el poderío” de los textos de ficción “para indagar la realidad”. Esta capacidad se deriva, de acuerdo con su visión, a raíz de que:

“Ya no es el juicio global del historiador sino el punto de vista de un narrador hombre de la calle o de un personaje problemático y por consiguiente eminentemente crítico. La escala del escritor es ilimitada (la historia dice ‘migración interna’ y Andrés Rivera dedica decenas de páginas en *El precio* al viaje de Juan a Buenos Aires); las escenas están plagadas de detalles de indicios tangenciales (Héctor tilingo es una imposibilidad de amor para Ester, la estudiante peronista de *La traición de Rita Hayworth*), las figuras centrales están cargadas de intimidad, gesticulan, hablan, se ofrecen íntegras como la Evita Duarte de 1944 del cuento de Dalmiro Sáenz.” (12)

Hacemos propias estas consideraciones con la intención de trasladarlas al presente estudio.

⁷ Nedich nació en Sarandí en 1959, pero durante diecisiete años llevó una vida nómada junto a su comunidad gitana de etnia romaní. Su inserción en nuestro campo literario resulta totalmente heterodoxa: se trata de un

escritor que aprendió a leer de manera semi-autodidacta durante la adolescencia y que, a pesar de no haber completado estudios primarios, sentó un precedente jurídico para ingresar en la carrera de Letras de la Universidad Nacional de Lomas de Zamora, de donde egresó y dictó talleres literarios. Desde mediados de los '90 venía publicando novelas que abordaban la cosmovisión gitana, adentrándose en las tensiones generadas dentro de comunidades nómadas y cultoras de la oralidad que atravesaron milenios y hoy se encuentran frente a una encrucijada existencial: o bien ser marginadas hasta desaparecer social y antropológicamente, o bien ser absorbidas hasta desaparecer culturalmente, o bien integrarse a un mundo sedentario y escritural que respete su relativa alteridad. A lo largo de su trayectoria, Nedich ha intentado tenderse como un puente posible entre ambos mundos: tanto a través de la ficción literaria como del ensayo, así como también de la actividad docente y la participación en medios de comunicación, se ha erigido no solo como difusor de la historia, idiosincrasia y filosofía de vida de los gitanos, sino también como propulsor de su integración bajo el paradigma de la diversidad cultural. Si bien ha declarado tener varias novelas inéditas en las que no aborda estas temáticas, exceptuando la obra que nos proponemos analizar y tres *nouvelles* infantiles, todos sus títulos publicados hasta la fecha versan sobre ese universo.

⁸ En dicha localidad de la provincia de Buenos Aires se encontraba la estancia La Celma perteneciente a la familia de Carlos Gustavo Ramus, uno de los fundadores de Montoneros. Allí fue llevado, enjuiciado y ejecutado Aramburu, entre el 29 de mayo y el 1 de junio de 1970. Ramus, por su parte, murió junto a Fernando Abal Medina, el número uno de la conducción montonera, durante un enfrentamiento con la policía en la localidad de William Morris, el 7 de septiembre de ese mismo año.

⁹ La tesis de Feinmann explicita en relación con la de Nedich cierto vínculo entre verdad histórica y ficción literaria. Especialmente a partir de los postulados de Hayden White en torno a las formas narrativas sobre las cuales se estructura el conocimiento histórico, han sido frecuentes las imbricaciones entre literatura y discurso historiográfico. Como señala Verónica Tozzi en su Introducción a *Ficción histórica, historia ficcional y realidad histórica*: "(...) en términos whiteanos toda representación realista (incluidas la modernista y la narrativa) es constitutiva del pasado de acuerdo con las convenciones culturales disponibles, en otras palabras, las convenciones de representación realistas compartidas por una comunidad." (White, 2010:19) Entendemos que desde esta perspectiva, queda relativizada la posible difracción entre las condiciones de producción de los hechos históricos y las ficciones literarias que, apelando a una matriz realista, los representan *a posteriori*.

¹⁰ *La casa de los conejos* (2008) de Laura Alcoba es, tal vez, uno de los casos más emblemáticos.

¹¹ Feinmann lo expresa en los siguientes términos cuando se refiere a esta marca montonera no exenta de paternalismo: "(Al asesinar a Aramburu, Fernando) Se ensució las manos. Le ahorró eso al pueblo peronista. Dejen, esto lo hago yo. Meto las manos en la mierda por ustedes. Que son trabajadores, que tiene familias que alimentar, que no se pueden permitir la clandestinidad." (2009:19)

¹² *El Pepe Firmenich* data de 2003, por lo que resulta una obra anterior al surgimiento del kirchnerismo. Sin embargo, no hay registros de que ese vacío y esa falta de autocrítica se hayan modificado sustancialmente durante el resto de la década; por este motivo entendemos que *Timote*, publicada en el año 2009, actualiza la operación efectuada por la novela de Nedich.

¹³ Creemos que esta recepción dislocada que, salvando las distancias, se manifiesta tanto en la lectura de Sadi como en la de Feinmann, viene a refrendar los argumentos whiteanos expuestos en la novena nota.

¹⁴ Disponible en: http://www.pagina12.com.ar/especiales/archivo/peronismo_feinmann/CLASE112.pdf

¹⁵ Recordemos que, mientras otros fundadores como Emilio Maza o Ramus eran ex liceístas o Abal Medina y Firmenich provenían del nacionalismo católico, las primigenias ideas de Arrostito se enmarcaban dentro del marxismo (D'Angiolillo, 2008).

¹⁶ Llegados a este punto, explicitamos nuestra decisión de no incorporar como insumo para el análisis teorías conspirativas como la que Carlos Manfroni desplegó en *Montoneros. Soldados de Massera. La verdad sobre la contraofensiva montonera y la logia que diseñó los 70* (2012). Esto responde, primero, al hecho de que, aunque no las descartan, los textos literarios que configuraron a la Tendencia Revolucionaria (en sus diferentes estratos) no lo han hecho bajo hipótesis de acuerdos espurios. Pero por otro lado, tal como sucedió en relación con innumerables investigaciones destinadas a contar "la verdadera historia" o "la historia secreta" del kirchnerismo en sus lúgubres aspectos, más allá de su mayor o menor rigor documental, todas recaían en maniqueísmos evidentes y en conclusiones cuya intención fundamental era la de incidir en el

escenario político del momento. En el caso de Manfroni, por ejemplo, sus acusaciones hacia los montoneros se espejaban en la defensa a los militares que estaban siendo enjuiciados por delitos de lesa humanidad:

“Se ha dicho y se repite que, contrariamente a lo que sucedió en los 70, hoy se da a los militares una oportunidad que ellos no ofrecieron a sus víctimas. Como ocurre con todas las frases que inventa la tiranía de lo *políticamente correcto*, existe un castigo para quienes la contradigan. Pero la realidad es que ese eslogan es una mentira. No los matan; es verdad, y hasta cierto punto, porque ya han muerto alrededor de ciento cincuenta en las cárceles, muchos de ellos sin tener todavía una condena, debido a las condiciones inhumanas a las que están sujetos, desproporcionadas en algunos casos con su avanzada edad (...) y con su estado de salud. Y la historia indica también que cuando pudieron matarlos en forma más directa, lo hicieron, y no siempre gente distinta de la que influyó más tarde en los procesos judiciales.”
(276)

¹⁷ En la existencia de esta película se inspiró libremente Nedich para construir la escena que cierra su novela. Las diferencias entre aquel film montado alrededor de la figura de Firmenich y su recreación novelesca alcanzaría para desistir de la voluntad de demandarle fidelidades historiográficas. Sin embargo, una vez más observamos que el autor abreva en fuentes documentales para pasarlas por el tamiz de la ficción y extraer de ellas una verdad de “otro orden”. En este caso, que el culto a la personalidad motorizado por Firmenich estaba inspirado en Perón, con quien siempre mantuvo una relación de amor-odio y de quien pretendió ser su heredero. Algo que parece demostrarse en los “consejos para salir de la crisis” que Firmenich, doctor en Economía residente en Barcelona, dio a conocer en días previos al balotaje entre Daniel Scioli y Mauricio Macri. Marcelo Larraquy lo citaba en una nota publicada en *Clarín* (“es necesario comprometerse a un pacto social, económico y político constituyente para una nueva argentina compartida por todos”) y añadía, certeramente, que la de Firmenich era “una frase que hubiera sido música para los oídos de Perón en el año 1973, en tiempos en que el ex líder guerrillero rechazaba lo que hoy reclama.” (http://www.clarin.com/politica/firmenich_0_1465053755.html)

¹⁸ Dueño de una intensa producción ensayística y narrativa, Feinmann también es autor de guiones cinematográficos y obras teatrales. En la década de 1960 estudió Filosofía en la UBA, de donde se licenció y dio clases entre 1968 y 1974. La filosofía y la política en cruce con lo autobiográfico son los ejes transversales de sus textos, en los cuales el peronismo y sus devenires se muestran como temprana y sostenida obsesión. En años recientes ha incursionado, además, en radio y televisión con programas sobre cine, filosofía y actualidad política.

¹⁹ Esto es lo que manifiesta Feinmann en el primer tomo de *Peronismo...* (2010:501). A la vez, insistió sobre este punto en diferentes medios; a modo de ejemplo, en una entrevista aparecida en *Revista Ñ* durante enero de 2009, Alberto González Toro le preguntaba a Feinmann si se había basado “en alguna documentación” para elaborar su novela. Entonces respondía: “No hay documentación, es pura ficción. La única documentación es lo que dijo Firmenich a la revista *La Causa Peronista*. Ni siquiera puedo tener en cuenta el testimonio de Norma Arrostito, pues ella negó haber participado en ese reportaje que publicó la revista montonera.” (<http://edant.clarin.com/diario/2009/01/21/sociedad/s-01843472.htm>)

²⁰ En este sentido, se presenta como contracara y complemento de *Peronismo. Filosofía política de una persistencia argentina*, original díptico ensayístico donde aparecen los mismos recursos que alimentan su relato de ficción: diálogos imaginados, descripciones fenotípicas, anécdotas históricas recreadas, evocación de recuerdos personales, etc.

²¹ “La literatura y el barro de la historia”. Disponible en:

<http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/radar/subnotas/5281-908-2009-05-13.html>

²² “El Coro ausente”. Disponible en: <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/radar/subnotas/5281-910-2009-05-10.html>

²³ Ídem.

²⁴ La novela cierra ese capítulo haciendo un paralelismo entre Ramus y Fabio Cáceres, protagonista y alter-ego de Ricardo Güiraldes en *Don Segundo Sombra* (1929), y entre Acébal y don Segundo. Destacamos la productividad de esta comparación y señalamos, a la vez, una diferencia elemental: mientras Güiraldes elaboró una novela de iniciación asentada en la interacción entre Cáceres y Sombra, el episodio de *Timote* evidencia la decisión montonera de anular la posibilidad misma de tal interacción.

²⁵ Decíamos que Feinmann acostumbra hacer exégesis de su propia obra. Sirva aquí un ejemplo. En una entrevista realizada por Magdalena Ruiz Guiñazú para el diario *Perfil*, a propósito del carácter trágico señalaba:

“Cada uno (Aramburu y Abal Medina) dice lo más duro que tiene para tirárselo al otro y así es como se establece el juego de lo que yo pretendí... una tragedia al estilo de Hegel. Hay que recordar que, para Hegel, la tragedia es la lucha de los justos contra los justos. No es la lucha de los buenos contra los malos sino de lo bueno contra lo bueno o de lo malo contra lo malo. Hegel toma este ejemplo de Antígona porque sostiene que, tanto Creonte como la propia Antígona tienen razón. Pero son distintas razones. Creonte tiene la razón del Estado que exige dejar el cuerpo sin enterrar. Antígona, en cambio, esgrime la razón de la familia que necesita dar sepultura a ese cuerpo. De ahí que esta tragedia haya sido utilizada en el tema de los desaparecidos argentinos. Entonces, lo que dice Hegel es que tanto Antígona como Creonte tienen razón. Son dos razones distintas. Cada uno las expone y al escucharlas, uno piensa que los dos tienen razón. ¿Cómo se resuelve esto? Bueno... no se resuelve.”
http://jpfeinmann.com/index.php?option=com_k2&view=item&id=200:%E2%80%9Caramburu-hab%C3%ADa-hecho-todo-lo-necesario-como-para-ganarse-esto%E2%80%9D&Itemid=21

²⁶ No es inocente esta distinción entre “muerte” y “asesinato”. La novela toma partido respecto de la calificación a usar en el caso de aquellos agentes policiales que cayeron víctimas de las balas montoneras: eran asesinatos, simples acciones criminales. También lo hace respecto del “asesinato” de José Ignacio Rucci, ya que la “Operación Traviata” se produjo a pocas horas de que Perón asumiera como presidente con el 62% de los votos; y si bien Rucci era un “burócrata sindical”, bajo ningún concepto podría argumentarse que su muerte se trató de un acto de “justicia popular”. Sin embargo, en el caso de Aramburu la cuestión se complejiza, porque se dio en un marco dictatorial y su figura, en buena medida, estaba efectivamente condenada por los sujetos que integraban el llamado “pueblo peronista”, quienes incluso festejaron al saber de su muerte.

Saccomanno decía, durante la presentación del libro, que determinar si el “acontecimiento Aramburu” (como lo llama Feinmann en sus ensayos) fue un asesinato o una ejecución “nos definirá a nosotros frente al No Matarás, mandamiento que el filósofo Oscar del Barco rescató para cuestionar las organizaciones armadas”
<http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/radar/subnotas/5281-908-2009-05-10.html>.

Para dilucidarlo, desdoblaba la identidad montonera en dos de sus componentes principales, el militar y el religioso, que a su vez se espejaban en las cualidades del propio Aramburu. Señalaba entonces que si se parte del componente militar condensado en la denominación “Comando Juan José Valle” asumida por la célula original montonera, esta procede como un ejército y “desde esta óptica, la muerte de Aramburu no es un asesinato sino una ejecución.” Sin embargo, si nos atenemos al componente católico que comparten las subjetividades de la víctima y del victimario, “entra, sin vueltas, la cuestión del ‘No matarás’ (y) Entonces la muerte del asesino Aramburu no es ejecución: es asesinato.”

Por su parte, en el primer volumen de *Peronismo...* se reproducen pasajes de la novela que, junto con otras “preguntas incómodas”, dejan abierto el interrogante: “La cuestión es: Aramburu dice representar a la democracia. Los Montoneros dicen representar al pueblo. ¿Es así? Si es así, ambos han cometido –eliminando cada uno la vida de su correspondiente condenado– un acto de justicia. Si no es así, han cometido un asesinato.” (2010:489)

²⁷ En las primeras líneas del Prefacio a *La razón populista* (2005), Laclau explicitaba su intención de interrogar “la lógica de formación de las identidades colectivas”, al tiempo que definía a “la unidad del grupo” como “el resultado de una articulación de demandas” montadas sobre “movimientos contradictorios y ambiguos” que, a su vez, se corresponderían con dos lógicas opuestas y complementarias: la lógica de la diferencia y la lógica de la equivalencia (9). Asimismo, calificaba al afecto como el “cemento social” necesario para unir a “los elementos heterogéneos –unidad no provista por ninguna lógica articuladora funcionalista o estructuralista–”, y aclaraba que su planteo teórico, sin ser enteramente “freudiano”, partía de la concepción que Freud había hecho en Psicología de las masas y análisis del yo acerca del “lazo social” como “lazo libidinal” (10). Por otra parte, anunciaba que su motivación para abordar “estos temas en una discusión sobre el populismo” tenía que ver con la “sospecha” de que “en la desestimación del populismo (...)

lo que está implícito (...) es la desestimación de la política *tout court* y la afirmación de que la gestión de los asuntos comunitarios corresponde a un poder administrativo cuya fuente de legitimidad es un conocimiento apropiado de lo que es una ‘buena’ comunidad” (10).

²⁸ Feinmann coincide con Nedich en cargar las tintas sobre Firmenich. Difiere en el hecho de que no centra la historia alrededor de su figura, pero recordemos que en 1970 la conducción recaía en Abal Medina; luego de su muerte, José Sabino Navarro la asumió brevemente y Firmenich lo hizo cuando Sabino fue desaparecido en Córdoba, en julio de 1971 (Gillespie, 2008). Sin embargo, al igual que otros personajes como Arrostito y Ramus, el narrador le dedica algunos párrafos que lo configuran de manera contundente. En relación al “Pepe” dirá:

“Se lo conoce. Se lo quiere poco. O se lo odia. O se lo cuestiona. O aún conserva adictos que se alteran sinceramente cuando no se lo pone en el altar que ellos le desean. Personaje enigmático, se podrá decir de él tanto que fue un auténtico revolucionario como un agente de la CIA. (...) Le dicen Manolito. (...) Le dicen *maderita*. Y algo muy concreto: muchos creen que, muerto Fernando, muerto Sabino Navarro, la Conducción de Montoneros, al caer en sus manos, transforma a la organización en la Orga. La Orga, sobre todo a partir de 1974, entre los fierros y la política, elige los fierros. Ese es el definitivo Firmenich: el conductor fierro de la Orga. Que muchos (como Rodolfo Walsh o Juan Gelman, como Oesterheld, como Paco Urondo) lo hayan descubierto tan tarde persevera como un dato inexplicable, irritante. Porque es así: a veces hasta bronca da.” (100-101)

²⁹ La novela cita desordenadamente un pasaje del “Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental”, cuya primera edición se produjo en La Habana el 16 de abril de 1967 en el suplemento especial para la revista *Tricontinental*, órgano del Secretariado Ejecutivo de la Organización de Solidaridad de los Pueblos de África, Asia y América Latina (OSPAAAL). Este mensaje de Guevara se convirtió en su testamento ético-político, y allí hizo referencia al odio como cualidad guerrillera primordial, afirmando su necesidad:

“como factor de lucha; el odio intransigente al enemigo, que impulsa más allá de las limitaciones naturales del ser humano y lo convierte en una efectiva, violenta, selectiva y fría máquina de matar. Nuestros soldados tienen que ser así; un pueblo sin odio no puede triunfar sobre un enemigo brutal.” (<http://www.filosofia.org/hem/dep/cr/ri12094.htm>)

Pero además, en su concepción sobre la necesidad de generar una guerra de alcance total hallamos el sustento para los atentados montoneros a autos particulares u hogares familiares. En este sentido, Guevara ordenaba:

“Hay que llevar la guerra hasta donde el enemigo la lleve: a su casa, a sus lugares de diversión; hacerla total. Hay que impedirle tener un minuto de tranquilidad, un minuto de sosiego fuera de sus cuarteles, y aun dentro de los mismos: atacarlo dondequiera que se encuentre; hacerlo sentir una fiera acosada por cada lugar que transite. Entonces su moral irá decayendo.”

Bibliografía

- Alcoba, Laura (2008) *La casa de los conejos*. Edhasa, Buenos Aires.
- Altamirano, Carlos (2011). *Peronismo y cultura de izquierda*. Siglo XXI Editores, Buenos Aires.
- Basabe, Omar y Sadi, Marisa (2008) *La significación omitida. Militancia y lucha armada en la Argentina reciente*. Catálogos, Buenos Aires.
- Bortnik, Rubén (2008) *Historia elemental de los argentinos*. Ediciones Corregidor, Buenos Aires.

-
- Bracamonte, Jorge; Marengo, María del Carmen (dir.) (2014) *Juego de espejos: otredades y cambios en el sistema literario argentino contemporáneo*. Alción, Córdoba.
- Calello, Osvaldo; Parceró, Daniel (1984) *De Vandor a Ubadini/1*. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.
- Calveiro, Pilar (2006) *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años '70*. Grupo Editorial Norma, Buenos Aires.
- Capusotto, Diego y Saborido, Pedro (2009) *Peter Capusotto – El libro*. Sudamericana, Buenos Aires.
- CONADEP (2006) *Nunca más. Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas*. Eudeba, Buenos Aires.
- Drucaroff, Elsa (2011) *Los prisioneros de la torre. Política, relatos y jóvenes en la posdictadura*. Emecé, Buenos Aires.
- Feinmann, José Pablo (2009) *Timote. Secuestro y muerte del general Aramburu*. Planeta, Buenos Aires.
- _____ (2010) *Peronismo. Filosofía política de una persistencia argentina - Tomo I*. Planeta, Buenos Aires.
- Fogwill, Rodolfo (2008) *En otro orden de cosas*. Interzona, Buenos Aires.
- Gamerro, Carlos (2004/2009) *La aventura de los bustos de Eva*. Grupo Editorial Norma, Buenos Aires.
- Gillespie, Richard (2008) *Soldados de Perón – Historia crítica sobre los Montoneros*. Editorial Sudamericana, Buenos Aires.
- Giussani, Pablo (1984) *Montoneros. La soberbia armada*. Sudamericana-Planeta, Buenos Aires.
- Goldar, Ernesto (1973) *El peronismo en la literatura argentina*. Editorial Freeland, Bs. As.
- González, Horacio (2011) *Kirchnerismo: una controversia cultural*. Colihue, Buenos Aires.
- Guebel, Daniel (2004) *La vida por Perón*. Emecé, Buenos Aires.
- Hernández, Pablo José (1997) *Peronismo y pensamiento nacional. 1955-1973*. Editorial Biblos, Buenos Aires.
- Laclau, Ernesto (2005) *La razón populista*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Manfroni, Carlos (2012) *Montoneros. Soldados de Massera. La verdad sobre la contraofensiva montonera y la logia que diseñó los 70*. Sudamericana, Buenos Aires.
- Mayer, Marcos (2004) “Los 70. La gran discusión”, en *Revista de Cultura* Ñ N° 34. Grupo Clarín, Buenos Aires.
- Nedich, Jorge Emilio (2003) *El Pepe Firmenich*. Ediciones B Argentina, Buenos Aires.
- Perón, Eva (2012) *Mi mensaje*. Editorial Fundación Ross, Rosario.
- Rancière, Jacques (2011) *Política de la literatura*. Trad. Marcelo Burello, Lucía Vogelfang y J. L. Caputo. 2007. Libros del Zorzal, Buenos Aires.

Rot, Gabriel (2011) “La construcción del sinsentido: ensayos sobre la experiencia guerrillera”, en *Le Monde Diplomatique* N° 187. Buenos Aires.

Sidicaro, Ricardo (2010) *Los tres peronismos. Estado y poder económico*. Siglo Veintiuno Editores, Buenos Aires

Vezzetti, Hugo (2009) *Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos*. Siglo Veintiuno Editores, Buenos Aires.

Vilas, Carlos M. (comp.) (1995) *La democratización fundamental: el populismo en América Latina*. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México.

White, Haden (2010). *Ficción histórica, historia ficcional y realidad histórica*. Prometeo Libros, Buenos Aires.

Documentos electrónicos:

Feinmann, José Pablo (2010) *El Documento Reservado: se viene la Triple A* [on line]. Disponible en:

http://www.pagina12.com.ar/especiales/archivo/peronismo_feinmann/CLASE112.pdf - Fecha de consulta: 12/04/2016.

González Toro, Alberto (21/01/2009) *Entrevista a José Pablo Feinmann. “Aramburu ya quería hacer un trato serio con el peronismo”* [on line]. Disponible en: <http://edant.clarin.com/diario/2009/01/21/sociedad/s-01843472.htm> - Fecha de consulta: 12/04/2016.

Grüner, Eduardo (10/05/2009) *El coro ausente* [on line]. Disponible en: <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/radar/subnotas/5281-910-2009-05-10.html>

Guevara, Ernesto (1967) *Mensaje a la Tricontinental* [on line]. Disponible en: <http://www.filosofia.org/hem/dep/cri/ri12094.htm> - Fecha de consulta: 12/04/2016.

Larraquy, Marcelo (10/11/2015). *Desde el exilio, el ex jefe Montonero Firmenich da consejos para salir de la crisis*, en: http://www.clarin.com/politica/firmenich_0_1465053755.html - Fecha de consulta: 12/04/2016.

Ruiz Guiñazú, Magdalena (07/06/2009) *Reportaje a José Pablo Feinmann. “Aramburu había hecho todo lo necesario como para ganarse esto”* [on line]. Disponible en:

http://jpfeinmann.com/index.php?option=com_k2&view=item&id=200:%E2%80%9Caramburu-hab%C3%ADa-hecho-todo-lo-necesario-como-para-ganarse-esto%E2%80%9D&Itemid=21 - Fecha de consulta: 12/04/2016.

Saccomanno, Guillermo (10/05/2009) *La literatura y el barro de la historia* [on line]. Disponible en:

<http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/radar/subnotas/5281-908-2009-05-13.html> - Fecha de consulta: 12/04/2016.

Películas:

Cedrón, Jorge (1978) *Resistir*. Argentina-Francia.

D'Angiolillo, César (2008) *Norma Arrostito. Gaby, la montonera*. Argentina.